

PERÚ - ¿Es la hora de Perú?

Miguel Guaglianone

Lunes 30 de julio de 2007, por [Dial](#)

La semana pasada comenzaron a ser visibles las convulsiones sociales en Perú. Paros de gremios docentes y manifestaciones solidarias de diferentes organizaciones sindicales, tuvieron de parte del gobierno de Alan García una respuesta de alta agresividad. No sólo las declaraciones del presidente y otros voceros del gobierno –junto a la mayor parte de la prensa limeña- descalificando violentamente a los manifestantes (desde locos y necios en adelante) sino además un decreto presidencial involucrando a las Fuerzas Armadas en la represión callejera (el mantenimiento del “orden público”). Estas acciones se vieron complementadas con la detención de numerosos dirigentes sindicales en sus propios hogares o en las sedes de sus agrupaciones. El día viernes el balance estaba dando ya un número de 16 muertos, 168 dirigentes detenidos y numerosos heridos.

¿Qué está pasando en Perú? Se hace evidente -a un año de la asunción del poder por parte de Alan García- la absoluta crisis de la clase política tradicional peruana. Esta crisis que se viene dando en mayor o menor grado en toda Latinoamérica es ya antigua en el caso del Perú. El ascenso al poder de Fujimori representó un intento de la población de optar por un outsider que no perteneciera a los viejos partidos políticos tradicionales que ya estaban agotados. Luego del conflictivo y problemático período de dos presidencias y media de Fujimori, el nuevo intento fue con Toledo, que vendió su imagen de “cholo”, de hombre de las clases populares y que culminó con la decepción de uno de los peores (y con menor apoyo social) gobiernos del Perú moderno.

La elección de Alan García (que había sido perseguido por el Estado peruano por corrupción luego de haber terminado su anterior presidencia) fue el producto de complejas circunstancias en el proceso electoral peruano. Luego de haber sido el vencedor (aunque sin haber podido lograr la mayoría necesaria para evitar una segunda vuelta electoral), Ollanta Humala no pudo elaborar un mensaje que convenciera a los sectores que no lo habían apoyado en la primera vuelta. El peso de la campaña mediática atemorizante de la derecha, acerca del carácter “filo-comunista” de la propuesta de Humala, de sus supuestas relaciones con Chávez y una conspiración internacional de izquierda, logró generar en algunos estratos sociales el miedo necesario para que dieran su voto a Alan García.

Perú comparte con la mayoría de los países de América Latina el drama de una gran injusticia social y la exclusión de grandes grupos humanos y es del conjunto particular de naciones en las que estos grupos tienen una fuerte componente indígena.

Tiene también en común con el resto del continente el ser parte de un momento histórico en el cual estos grupos marginados y explotados ancestralmente están empezando a recuperar su protagonismo histórico y están provocando cambios en sus sociedades. Venezuela, Bolivia y Ecuador son ejemplos de ello.

El problema de Perú tiene que ver con su proceso histórico particular. Lima fue la capital del Virreinato más rico de Sudamérica. Allí fue donde la explotación, la persecución y la represión de las culturas indígenas tuvieron mayor auge. El autoritarismo de una oligarquía de visos aristocráticos ha sido una constante durante toda la historia peruana. El uso automático de la fuerza para reprimir todo tipo de expresión popular ha sido parte del comportamiento que esta oligarquía ha ejercido históricamente. Esta característica explica en alguna medida la ferocidad, tanto de la lucha guerrillera de Sendero Luminoso, como de la respuesta del estado peruano, que Fujimori llevó a su máxima expresión y que le ha costado las múltiples acusaciones de violación de derechos humanos que hoy pesan en su contra.

Alan García no está haciendo hoy otra cosa que repetir esa respuesta de represión y violencia frente a los reclamos populares.

La diferencia en este caso está en la situación que apuntábamos antes, América Latina está viviendo un momento histórico en el cual las grandes mayorías excluidas están haciéndose oír y tomando un peso específico en los procesos sociales. Lo más posible es que el uso de la violencia y la represión sólo consigan esta vez aumentar la presión de la caldera social (en vez de apagarla como en ocasiones anteriores) y acerquen peligrosamente al Perú a una explosión.

Si así sucediera, los cambios que se vienen produciendo en el continente tendrían otro espacio más para seguir desarrollándose.